

DOMINGO Vº CUARESMA –2017 – CICLO A

CONTENIDO

1.- LAS LECTURAS DE LA MISA

2.- SUGERENCIAS PARA LA HOMILÍA

**3.- ANTE EL XIV SÍNODO DIOCESANO:
PALABRAS DEL PAPA FRANCISCO**

**4.- DISCURSO DEL PAPA A LOS LÍDERES DE LA
UNIÓN EUROPEA**

**5.- NOTA DE LOS OBISPOS ESPAÑOLES EN LA
JORNADA POR LA VIDA.**

FLORENTINO MUÑOZ MUÑOZ

I.- LAS LECTURAS

***Profeta Ezequiel 37, 12-14.** El pueblo de Israel está en el exilio. El profeta Ezequiel, que los acompaña, les exhorta y anima a luchar contra el desaliento y el desánimo. Y les anuncia: “Dios abrirá los sepulcros de los deportados y los hará regresar a su tierra, para descansar en paz en ella. Pondrá su espíritu en ellos y vivirán. Os establecerá en vuestro suelo. Y sabréis que yo, Yahveh, lo digo y lo hago. De este modo se realizará “un nuevo éxodo” por obra y gracia de Dios”.

***Salmo Responsorial 129.** “Del Señor viene la misericordia, la redención copiosa. Espere Israel en el Señor ahora y por siempre”. En medio de nuestros problemas, dificultades y sufrimientos, pongamos siempre la confianza en el Señor que es compasivo y misericordioso.

***Carta de San Pablo a los Romanos 8,8-11.** “Si el Espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó de entre los muertos a Cristo Jesús también vivificará vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros”. El Espíritu es quien nos libera de la ley del pecado y de la muerte, el que hace posible que vivamos una vida nueva en el Señor y que, un día, compartamos la Resurrección de Jesucristo.

***Evangelio según San Juan 11,1-45.** Jesús dice a Marta: «Tu hermano resucitará». Ella responde: «Sé que resucitará en la resurrección en el último día» (Jn 11, 23-24). Y Jesús replica: “Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí no morirá para siempre; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás”. Se hacen realidad aquí las palabras finales del evangelio de Juan: los signos realizados por Jesús han sido escritos para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre” (Jn.20,30-31).

II.- SUGERENCIAS PARA LA HOMILÍA

El mensaje que nos ofrece la resurrección de Lázaro tiene una gran importancia para todos. Lo resumimos así: dar sentido a la muerte, manifestar el poder que Jesús tiene sobre la vida y la muerte, anunciar la resurrección de Jesús y la nuestra. No nos cansemos de anunciar que la Vida triunfará definitivamente sobre la muerte. La muerte no tiene la última palabra sobre el hombre y la mujer. Jesucristo ha vencido a la muerte.

1. El misterio de la muerte

Recordemos estas enseñanzas del Concilio Vaticano II: “el máximo enigma de la vida humana es la muerte. El hombre sufre con el dolor y con la disolución progresiva del cuerpo. Pero su máximo tormento es el temor por la desaparición perpetua. Juzga con instinto certero cuando se resiste a aceptar la perspectiva de la ruina total y del adiós definitivo” (GS 18).

2.- El ser humano no desaparece del todo con la muerte

Ante la presencia del dolor, del sufrimiento y de la muerte, este mismo Concilio siembra en nosotros la esperanza cuando nos dice:

- “Al afirmar, por tanto, en sí mismo, la espiritualidad y la inmortalidad de su alma, no es el hombre juguete de un espejismo ilusorio provocado solamente por las condiciones físicas y sociales exteriores, sino que toca, por el contrario, la verdad más profunda de la realidad” (GS 14).

- “La semilla de eternidad que el hombre lleva en sí, por ser irreductible a la sola materia, se levanta contra la muerte” (GS 18).

Os invito a leer sin prisas estos textos del Concilio Vaticano II y a meditarlos. Estoy seguro de que dejarán en todos paz y esperanza, serenidad y confianza en el Señor.

3.- La muerte, fruto del pecado del hombre

A.- Recordemos unas enseñanzas de San Pablo:

“Por tanto, como por un solo hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte y así la muerte alcanzó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” (Rm.5,12).

B.- Enseñanzas del Concilio Vaticano II:

“La fe cristiana enseña que la muerte corporal, que entró en la historia a consecuencia del pecado...” (GS 18).

4.- Jesucristo resucitó de entre los muertos.

San Pablo en su Carta a los Corintios escribe: “Y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana: estáis todavía en vuestros pecados” (ICort.15,17). Para despejar toda duda o equivocación, el mismo San Pablo escribe a continuación: “**¡Pero no! Cristo resucitó de entre los muertos...**” (ICort.15,20).

La gran novedad que irrumpe en la historia y que supera toda barrera es esta: Jesucristo ha resucitado y ha derrumbado y destruido el muro de la muerte, pues en Él habita toda la plenitud de Dios, que es vida, vida eterna. Por eso la muerte no tuvo poder sobre él, y la resurrección de Lázaro es signo de su dominio total sobre la muerte física.

Parece que se olvidan hoy con cierta frecuencia estas enseñanzas de San Pablo que han de llenar nuestros corazones de paz y de esperanza, de gozo y de amor a Jesucristo.

5.- La resurrección de Jesucristo es promesa de nuestra resurrección.

-En su Carta a los Corintios, San Pablo desarrolla el vínculo orgánico que existe entre la resurrección de Jesucristo y la nuestra (ICort.15,12-17). Y más adelante afirma: “si solamente para esta vida tenemos puesta nuestra esperanza en Cristo, ¡somos los más desgraciados de todos los hombres!” (v.19). A lo que San Pablo responde con intensidad: “**¡Pero no! Cristo resucitó de entre los muertos como primicias de los que durmieron**”(v.20).

-En su Carta a los Romanos, San Pablo escribe con precisión teológica: “Si el Espíritu de Aquel que resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos habita en vosotros, Aquel que resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos dará también la vida a vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros” (Rm.8,11).

Al resucitar de entre los muertos, Jesús ha entrado en la gloria de Dios. La vida de Dios se ha extendido y manifestado en Él hasta el punto de que fue para Él como un verdadero nuevo nacimiento. Él ha nacido a la vida definitiva en Dios.

Demos un paso más en nuestra reflexión. La resurrección de Jesucristo es el “comienzo de la resurrección gloriosa del fin de los tiempos” (A.Feuillet). Por eso San Pablo y San Juan están de acuerdo en llamar a Jesús resucitado “el Primer–Nacido”. Jesús es “el primer–nacido de una multitud de hermanos” (Rm.8,29; cf. Col.1,18; Apoc. 1,5). Al confesar y proclamar los cristianos que Jesús es la resurrección y la vida, estamos afirmando al mismo tiempo con la liturgia de la Iglesia que “la vida de los que en Dios creemos no termina, se transforma; y al deshacerse nuestra morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el cielo” (Prefacio de difuntos I).

6.- Nuestra esperanza se fundamenta en la resurrección de Cristo

Por la importancia de este tema os ofrecemos a continuación estas enseñanzas del Concilio Vaticano que debemos acoger y mantener vivas en nosotros y transmitir a los demás:

*“El misterio del hombre se esclarece en el misterio del Verbo Encarnado” (GS 22), pues “Cristo manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación” (GS 22).

*”Por Cristo y en Cristo se ilumina el enigma del dolor y de la muerte, que fuera del Evangelio nos envuelve en absoluta oscuridad. Cristo resucitó, con su muerte destruyó la muerte y nos dio la vida para que, hijos en el Hijo, clamemos en el Espíritu: ¡Abba, Padre!” (GS 22).

*”La Iglesia, aleccionada por la revelación divina, afirma que el hombre ha sido creado por Dios para un destino feliz situado más allá de las fronteras de la miseria terrestre (...) Ha sido Cristo resucitado, el que ha ganado esta victoria para el hombre, liberándolo de la muerte con su propia muerte” (GS 18).

7.- Nuestra resurrección comienza aquí y ahora

“Fuimos, pues, con Él sepultados por el bautismo en la muerte, a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva” (Rm.6,4).

“Su muerte fue un morir al pecado, de una vez para siempre; mas su vida es un vivir para Dios. Así también vosotros, consideraos como muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús” (Rm.6,10-11).

Recordemos ahora unas enseñanzas del Papa Francisco:

“Nuestra resurrección comienza desde aquí: cuando decidimos obedecer a este orden de Jesús saliendo a la luz, a la vida; cuando de nuestro rostro caen las máscaras -tantas veces nosotros estamos enmascarados por el pecado, ¡las máscaras deben caer!- y nosotros encontramos el coraje de nuestro rostro original, creado a imagen y semejanza de Dios” (Homilía, 6-IV-2014).

Si hemos resucitado con Jesucristo hemos de vivir como resucitados. Esto nos pide:

- Vivir en Cristo: “vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí” (Gál.2,20).
- Quitar de nuestros rostros las máscaras de la hipocresía, de la mentira, del pecado, de la soberbia, del egoísmo...
- Solidarizarnos con los que sufren y lloran, con los refugiados y excluidos, con los pobres y enfermos, haciendo nuestros su dolor, sus lágrimas, su sufrimiento....
- El Señor quiere sacarnos de nuestro sepulcro, de una vida sin más horizonte que la materia, que solo se preocupa de los problemas de esta tierra y muchas veces, sujeta a la cadena del odio, del enfrentamiento o del egoísmo... El Señor quiere que la vida terrena se impregne de esa vida eterna y divina, según el Espíritu, que es la vida de la caridad, que es la vida de la resurrección...” (San Juan Pablo II, Homilía en Chile; 5 de octubre de 1987).
- En una sociedad en la que se manifiestan tantos signos de muerte y, al mismo tiempo, hay tanta necesidad de esperanza de vida, “los cristianos tienen la misión de seguir proclamando a Cristo “resurrección y vida” del hombre. Sí, frente a los síntomas de una “cultura de muerte” que avanza, también hoy debe resonar la gran revelación de Jesús: “Yo soy la resurrección y la vida” (San Juan Pablo II; Homilía; 21 de marzo de 1999).

A la luz de estas enseñanzas, podemos decir con paz y esperanza que “la muerte no es el final del camino para nadie”, y que “la muerte es como una puerta que nos conduce a la nueva vida, la Vida en Dios”.

8.- Dios nos resucitará de nuestros sepulcros

Con la fe de la Iglesia confesamos y proclamamos: “espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro”.

“Ha sido Cristo resucitado, el que ha ganado esta victoria para el hombre, liberándolo de la muerte con su propia muerte. Para todo hombre que reflexione, la fe, apoyada en sólidos argumentos, responde satisfactoriamente al interrogante angustioso sobre el destino futuro del hombre, y al mismo tiempo ofrece la posibilidad de una comunión con nuestros mismos queridos hermanos arrebatados por la muerte, dándonos la esperanza de que poseen ya en Dios la vida verdadera” (GS 18).

9.- Que Dios compasivo y misericordioso nos acoja en su Reino eterno.

Preparemos con una vida cristiana y santa nuestro encuentro con el Señor.

Elevemos al Señor esta súplica confiada que aprendimos de nuestros queridos padres y que rezamos todos los días: “¡Señor!, En la hora de mi muerte, llámame y mándame ir a Ti para que con tus santos te alabe por los siglos de los siglos. Amén”.

Terminamos. Unidos en el Señor.

Cáceres. 27 de marzo de 2017

Florentino Muñoz Muñoz

III.- ANTE NUESTRO XIV SÍNODO DIOCESANO

ENSEÑANZAS DEL PAPA FRANCISCO

EN LA “EVANGELII GAUDIUM”

“Quiero una Iglesia pobre para los pobres” (n.198).

“Si la Iglesia entera asume este dinamismo misionero, debe llegar a todos, sin excepciones. Pero **¿a quiénes debería privilegiar?** Cuando uno lee el Evangelio, se encuentra con una orientación contundente: no tanto a los amigos y vecinos ricos, sino sobre todo a los pobres y enfermos, a esos que suelen ser despreciados y olvidados. No deben quedar dudas ni caben explicaciones que debiliten este mensaje tan claro. Hoy y siempre, los pobres son los destinatarios privilegiados del Evangelio, y la evangelización dirigida gratuitamente a ellos es signo del Reino que Jesús vino a traer. Hay que decir sin vueltas que existe un vínculo inseparable entre nuestra fe y los pobres. Nunca los dejemos solos” (48).

“De nuestra fe en Cristo hecho pobre, y siempre cercano a los pobres y excluidos, brota la preocupación por el desarrollo integral de los más abandonados de la sociedad” (186).

“Es un mensaje tan claro, tan directo, tan simple y elocuente, que ninguna hermenéutica eclesial tiene derecho a relativizarlo. ¿Para qué complicar lo que es tan simple? ¿Para qué oscurecer lo que es tan claro?” (194).

“Para la Iglesia la opción por los pobres es una categoría teológica antes que cultural, sociológica, política o filosófica. Inspirada en ella, la Iglesia hizo una opción por los pobres entendida como una forma especial de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana, de la cual da testimonio toda la tradición de la Iglesia. Esta opción –enseñaba Benedicto XVI– «está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza». Por eso **quiero una Iglesia pobre para los pobres**” (198).

IV.- Discurso del Papa a los líderes de la Unión Europea

CIUDAD DE VATICANO - 24 DE MARZO DE 2017

El papa Francisco ha recibido este viernes por la tarde a 27 jefes de Estado y de Gobierno de la Unión Europea, acompañados por sus delegaciones, con motivo de los 60 años de la firma de los Tratados de Roma, origen de la Unión Europea.

Estaban presentes diversos representantes de los 27 países de la Unión Europea, entre ellos el presidente del Parlamento Europeo, el italiano Antonio Tajani; el presidente del Consejo Europeo, el polaco Donald Tusk, y el presidente de la Comisión Europea, el luxemburgués Jean Claud Junker.

El papa Francisco les recordó que el denominador común en que fue fundada la Unión Europea es “el espíritu de servicio, unido a la pasión política, y a la conciencia de que en el origen de la civilización europea se encuentra el cristianismo, sin el cual los valores occidentales de la dignidad, libertad y justicia resultan incomprensibles.

TEXTO DEL DISCURSO DEL PAPA FRANCISCO

“Distinguidos invitados:

Les doy las gracias por su presencia aquí esta tarde, en la víspera del 60 aniversario de la firma de los Tratados constitutivos de la Comunidad Económica Europea y la Comunidad Europea de la Energía Atómica. Quiero manifestarles el afecto de la Santa Sede hacia sus respectivos países y al conjunto de Europa, y a cuyos destinos, por disposición de la Providencia, se siente inseparablemente unida. Dirijo un especial agradecimiento al Honorable Paolo Gentiloni, Presidente del Consejo de Ministros de la República Italiana, por las deferentes palabras que ha pronunciado en nombre de todos y por el trabajo que Italia ha realizado para organizar este encuentro; así como al Honorable Antonio Tajani, Presidente del Parlamento Europeo, que ha dado voz a las esperanzas de los pueblos de la Unión en este aniversario.

Volver a Roma sesenta años más tarde no puede ser sólo un viaje al pasado, sino más bien el deseo de redescubrir la memoria viva de ese evento para comprender su importancia en el presente. Es necesario conocer bien los desafíos de entonces para hacer frente a los de hoy y a los del futuro. Con sus narraciones, llenas de evocaciones, la Biblia nos ofrece un método pedagógico fundamental: la época en que vivimos no se puede entender sin el pasado, el cual no hay que considerarlo como un conjunto de sucesos lejanos, sino como

la savia vital que irriga el presente. Sin esa conciencia la realidad pierde su unidad, la historia su hilo lógico y la humanidad pierde el sentido de sus actos y la dirección de su futuro.

El 25 de marzo de 1957 fue un día cargado de expectación y esperanzas, entusiasmos y emociones, y sólo un acontecimiento excepcional, por su alcance y sus consecuencias históricas, pudo hacer que fuera una fecha única en la historia. El recuerdo de ese día está unido a las esperanzas actuales y a las expectativas de los pueblos europeos que piden discernir el presente para continuar con renovado vigor y confianza el camino comenzado.

Eran muy conscientes de ello los Padres fundadores y los líderes que, poniendo su firma en los dos Tratados, dieron vida a aquella realidad política, económica, cultural, pero sobre todo humana, que hoy llamamos la Unión Europea. Por otro lado, como dijo el Ministro de Asuntos Exteriores belga Spaak, se trataba, «es cierto, del bienestar material de nuestros pueblos, de la expansión de nuestras economías, del progreso social, de posibilidades comerciales e industriales totalmente nuevas, pero sobre todo (...) [de] una concepción de la vida a medida del hombre, fraterna y justa».[1]

Después de los años oscuros y sangrientos de la Segunda Guerra Mundial, los líderes de la época tuvieron fe en las posibilidades de un futuro mejor, «no pecaron de falta de audacia y no actuaron demasiado tarde. El recuerdo de las desgracias del pasado y de sus propias culpas parece que les ha inspirado y les ha dado el valor para olvidar viejos enfrentamientos y pensar y actuar de una manera totalmente nueva para lograr la más importante transformación [...] de Europa».[2]

Los Padres fundadores nos recuerdan que Europa no es un conjunto de normas que cumplir, o un manual de protocolos y procedimientos que seguir. Es una vida, una manera de concebir al hombre a partir de su dignidad trascendente e inalienable y no sólo como un conjunto de derechos que hay que defender o de pretensiones que reclamar. El origen de la idea de Europa es «la figura y la responsabilidad de la persona humana con su fermento de fraternidad evangélica, [...] con su deseo de verdad y de justicia que se ha aquilatado a través de una experiencia milenaria».[3] Roma, con su vocación de universalidad,[4] es el símbolo de esa experiencia y por eso fue elegida como el lugar de la firma de los Tratados, porque aquí –recordó el Ministro holandés de Asuntos Exteriores Luns– «se sentaron las bases políticas, jurídicas y sociales de nuestra civilización».[5]

Si estaba claro desde el principio que el corazón palpitante del proyecto político europeo sólo podía ser el hombre, también era evidente el peligro de que los Tratados quedaran en letra muerta. Había que llenarlos de espíritu que les diese vida. Y el primer elemento de la vitalidad europea es la solidaridad. «La Comunidad Económica Europea –declaró el Primer Ministro de Luxemburgo Bech– sólo vivirá y tendrá éxito si, durante su existencia, se mantendrá fiel al espíritu de solidaridad europea que la creó y si la voluntad común de la Europa en gestación es más fuerte que las voluntades nacionales».[6] Ese espíritu es especialmente necesario ahora, para hacer

frente a las fuerzas centrífugas, así como a la tentación de reducir los ideales fundacionales de la Unión a las exigencias productivas, económicas y financieras.

De la solidaridad nace la capacidad de abrirse a los demás. «Nuestros planes no son de tipo egoísta», [7] dijo el Canciller alemán Adenauer. «Sin duda, los países que se van a unir (...) no tienen intención de aislarse del resto del mundo y erigir a su alrededor barreras infranqueables», [8] se hizo eco el Ministro de Asuntos Exteriores francés Pineau. En un mundo que conocía bien el drama de los muros y de las divisiones, se tenía muy clara la importancia de trabajar por una Europa unida y abierta, y de esforzarse todos juntos por eliminar esa barrera artificial que, desde el Mar Báltico hasta el Adriático, dividía el Continente. ¡Cuánto se ha luchado para derribar ese muro!

Sin embargo, hoy se ha perdido la memoria de ese esfuerzo. Se ha perdido también la conciencia del drama de las familias separadas, de la pobreza y la miseria que provocó aquella división. Allí donde desde generaciones se aspiraba a ver caer los signos de una enemistad forzada, ahora se discute sobre cómo dejar fuera los «peligros» de nuestro tiempo: comenzando por la larga columna de mujeres, hombres y niños que huyen de la guerra y la pobreza, que sólo piden tener la posibilidad de un futuro para ellos y sus seres queridos. En el vacío de memoria que caracteriza a nuestros días, a menudo se olvida también otra gran conquista fruto de la solidaridad sancionada el 25 de marzo de 1957: el tiempo de paz más largo de los últimos siglos. «Pueblos que a lo largo de los años se han encontrado con frecuencia en frentes opuestos, combatiendo unos contra otros, (...) ahora, sin embargo, están unidos por la riqueza de sus peculiaridades nacionales». [9] La paz se construye siempre con la aportación libre y consciente de cada uno. Sin embargo, «para muchos la paz es de alguna manera un bien que se da por descontado» [10] y así no es difícil que se acabe por considerarla superflua. Por el contrario, la paz es un bien valioso y esencial, ya que sin ella no es posible construir un futuro para nadie, y se termine por «vivir al día».

La unidad de Europa es fruto, en efecto, de un proyecto claro, bien definido, debidamente ponderado, si bien al principio todavía muy incipiente. Todo buen proyecto mira hacia el futuro y el futuro son los jóvenes, llamados a hacer realidad las promesas del mañana. [11] Los Padres fundadores, por tanto, tenían clara la conciencia de formar parte de una empresa colectiva, que no sólo traspasaba las fronteras de los Estados, sino también las del tiempo, a fin de unir a las generaciones entre sí, todas igualmente partícipes en la construcción de la casa común.

Distinguidos

invitados:

A los Padres de Europa he dedicado esta primera parte de mi intervención, para que nos dejemos interpelar por sus palabras, por la actualidad de su pensamiento, por el apasionado compromiso en favor del bien común que los

ha caracterizado, por la convicción de formar parte de una obra más grande que sus propias personas y por la amplitud del ideal que los animaba. Su denominador común era el espíritu de servicio, unido a la pasión política, y a la conciencia de que «en el origen de la civilización europea se encuentra el cristianismo»,[12] sin el cual los valores occidentales de la dignidad, libertad y justicia resultan incomprensibles. «Y todavía en nuestros días —afirmaba san Juan Pablo II— el alma de Europa permanece unida porque, además de su origen común, tiene idénticos valores cristianos y humanos, como son los de la dignidad de la persona humana, del profundo sentimiento de justicia y libertad, de laboriosidad, de espíritu de iniciativa, de amor a la familia, de respeto a la vida, de tolerancia y de deseo de cooperación y de paz, que son notas que la caracterizan».[13]

En nuestro mundo multicultural tales valores seguirán teniendo plena ciudadanía si saben mantener su nexo vital con la raíz que los engendró. En la fecundidad de tal nexo está la posibilidad de edificar sociedades auténticamente laicas, sin contraposiciones ideológicas, en las que encuentran igualmente su lugar el oriundo, el autóctono, el creyente y el no creyente. En los últimos sesenta años el mundo ha cambiado mucho. Si los Padres fundadores, que habían sobrevivido a un conflicto devastador, estaban animados por la esperanza de un futuro mejor y con una voluntad firme lo perseguían, para evitar que surgieran nuevos conflictos, nuestra época está más dominada por el concepto de crisis.

Está la crisis económica, que ha marcado el último decenio, la crisis de la familia y de los modelos sociales consolidados, está la difundida «crisis de las instituciones» y la crisis de los emigrantes: tantas crisis, que esconden el miedo y la profunda desorientación del hombre contemporáneo, que exigen una nueva hermenéutica para el futuro. A pesar de todo, el término «crisis» no tiene por sí mismo una connotación negativa. No se refiere solamente a un mal momento que hay que superar. La palabra crisis tiene su origen en el verbo griego *crino* (κρίνω), que significa investigar, valorar, juzgar. Por esto, nuestro tiempo es un tiempo de discernimiento, que nos invita a valorar lo esencial y a construir sobre ello; es, por lo tanto, un tiempo de desafíos y de oportunidades.

Entonces, ¿cuál es la hermenéutica, la clave interpretativa con la que podemos leer las dificultades del momento presente y encontrar respuestas para el futuro? Evocar las ideas de los Padres sería en efecto estéril si no sirviera para indicarnos un camino, si no se convirtiera en estímulo para el futuro y en fuente de esperanza. Cada organismo que pierde el sentido de su camino, que pierde este mirar hacia delante, sufre primero una involución y al final corre el riesgo de morir. ¿Cuál es la herencia de los Padres fundadores? ¿Qué perspectivas nos indican para afrontar los desafíos que nos aguardan? ¿Qué esperanza para la Europa de hoy y de mañana?

La respuesta la encontramos precisamente en los pilares sobre los que ellos han querido edificar la Comunidad económica europea y que ya he

mencionado: la centralidad del hombre, una solidaridad eficaz, la apertura al mundo, la búsqueda de la paz y el desarrollo, la apertura al futuro. A quien gobierna le corresponde discernir los caminos de la esperanza, identificar los procesos concretos para hacer que los pasos realizados hasta ahora no se dispersen, sino que aseguren un camino largo y fecundo.

Europa encuentra de nuevo esperanza cada vez que pone al hombre en el centro y en el corazón de las instituciones. Considero que esto implica la escucha atenta y confiada de las instancias que provienen tanto de los individuos como de la sociedad y de los pueblos que componen la Unión. Desgraciadamente, a menudo se tiene la sensación de que se está produciendo una «separación afectiva» entre los ciudadanos y las Instituciones europeas, con frecuencia percibidas como lejanas y no atentas a las distintas sensibilidades que constituyen la Unión. Afirmar la centralidad del hombre significa también encontrar el espíritu de familia, con el que cada uno contribuye libremente, según las propias capacidades y dones, a la casa común. Es oportuno tener presente que Europa es una familia de pueblos[14] y, como en toda buena familia, existen susceptibilidades diferentes, pero todos podrán crecer en la medida en que estén unidos.

La Unión Europea nace como unidad de las diferencias y unidad en las diferencias. Por eso las peculiaridades no deben asustar, ni se puede pensar que la unidad se preserva con la uniformidad. Esa unidad es más bien la armonía de una comunidad. Los padres fundadores escogieron precisamente este término como punto central de las entidades que nacían de los Tratados, acentuando el hecho de que se ponían en común los recursos y los talentos de cada uno. Hoy la Unión Europea tiene necesidad de redescubrir el sentido de ser ante todo «comunidad» de personas y de pueblos, consciente de que «el todo es más que la parte, y también es más que la mera suma de ellas», [15] y por lo tanto «hay que ampliar la mirada para reconocer un bien mayor que nos beneficiará a todos» [16]. Los Padres fundadores buscaban aquella armonía en la que el todo está en cada una de las partes, y las partes están —cada una con su originalidad— en el todo.

Europa vuelve a encontrar esperanza en la solidaridad, que es también el antídoto más eficaz contra los modernos populismos. La solidaridad comporta la conciencia de formar parte de un solo cuerpo, y al mismo tiempo implica la capacidad que cada uno de los miembros tiene para «simpatizar» con el otro y con el todo. Si uno sufre, todos sufren (cf. 1 Co 12,26). Por eso, hoy también nosotros lloramos con el Reino Unido por las víctimas del atentado que ha golpeado en Londres hace dos días. La solidaridad no es sólo un buen propósito: está compuesta de hechos y gestos concretos que acercan al prójimo, sea cual sea la condición en la que se encuentre.

Los populismos, al contrario, florecen precisamente por el egoísmo, que nos encierra en un círculo estrecho y asfixiante y no nos permite superar la estrechez de los propios pensamientos ni «mirar más allá». Es necesario volver a pensar en modo europeo, para conjurar el peligro de una gris

uniformidad o, lo que es lo mismo, el triunfo de los particularismos. A la política le corresponde esa leadership ideal, que evite usar las emociones para ganar el consenso, para elaborar en cambio, con espíritu de solidaridad y subsidiaridad, políticas que hagan crecer a toda la Unión en un desarrollo armónico, de modo que el que corre más deprisa tienda la mano al que va más despacio, y el que tiene dificultad se esfuerce para alcanzar al que está en cabeza.

Europa vuelve a encontrar esperanza cuando no se encierra en el miedo de las falsas seguridades. Por el contrario, su historia está fuertemente marcada por el encuentro con otros pueblos y culturas, y su identidad «es, y siempre ha sido, una identidad dinámica y multicultural».[17] En el mundo hay interés por el proyecto europeo. Así ha sido desde el primer momento, como demuestra la multitud que abarrotaba la plaza del Campidoglio y los mensajes de felicitación que llegaban de otros Estados. Aún más interés hay hoy, empezando por los Países que piden entrar a formar parte de la Unión, como también de los Estados que reciben las ayudas que, con gran generosidad, se les ofrecen para afrontar las consecuencias de la pobreza, de las enfermedades y las guerras. La apertura al mundo implica la capacidad de «diálogo como forma de encuentro»[18] a todos los niveles, comenzando por el que existe entre los Estados miembros y entre las Instituciones y los ciudadanos, hasta el que se tiene con los muchos inmigrantes que llegan a las costas de la Unión.

No se puede limitar a gestionar la grave crisis migratoria de estos años como si fuera sólo un problema numérico, económico o de seguridad. La cuestión migratoria plantea una pregunta más profunda, que es sobre todo cultural. ¿Qué cultura propone la Europa de hoy? El miedo que se advierte encuentra a menudo su causa más profunda en la pérdida de ideales. Sin una verdadera perspectiva de ideales, se acaba siendo dominado por el temor de que el otro nos cambie nuestras costumbres arraigadas, nos prive de las comodidades adquiridas, ponga de alguna manera en discusión un estilo de vida basado sólo con frecuencia en el bienestar material. Por el contrario, la riqueza de Europa ha sido siempre su apertura espiritual y la capacidad de plantearse cuestiones fundamentales sobre el sentido de la existencia. La apertura hacia el sentido de lo eterno va unida también a una apertura positiva, aunque no exenta de tensiones y de errores, hacia el mundo.

En cambio, parece como si el bienestar conseguido le hubiera recortado las alas, y le hubiera hecho bajar la mirada. Europa tiene un patrimonio moral y espiritual único en el mundo, que merece ser propuesto una vez más con pasión y renovada vitalidad, y que es el mejor antídoto contra la falta de valores de nuestro tiempo, terreno fértil para toda forma de extremismo. Estos son los ideales que han hecho a Europa, la «península de Asia» que de los Urales llega hasta el Atlántico.

Europa vuelve a encontrar esperanza cuando invierte en el desarrollo y en la paz. El desarrollo no es el resultado de un conjunto de técnicas productivas, sino que abarca a todo el ser humano: la dignidad de su trabajo, condiciones

de vida adecuadas, la posibilidad de acceder a la enseñanza y a los necesarios cuidados médicos. «El desarrollo es el nuevo nombre de la paz», [19] afirmaba Pablo VI, puesto que no existe verdadera paz cuando hay personas marginadas y forzadas a vivir en la miseria. No hay paz allí donde falta el trabajo o la expectativa de un salario digno. No hay paz en las periferias de nuestras ciudades, donde abunda la droga y la violencia.

Europa vuelve a encontrar esperanza cuando se abre al futuro. Cuando se abre a los jóvenes, ofreciéndoles perspectivas serias de educación, posibilidades reales de inserción en el mundo del trabajo. Cuando invierte en la familia, que es la primera y fundamental célula de la sociedad. Cuando respeta la conciencia y los ideales de sus ciudadanos. Cuando garantiza la posibilidad de tener hijos, con la seguridad de poderlos mantener. Cuando defiende la vida con toda su sacralidad.

Distinguidos invitados:

Con el aumento general de la esperanza de vida, los sesenta años se consideran hoy como el tiempo de la plena madurez. Una edad crucial en la que estamos llamados de nuevo a revisarnos. También hoy, La Unión Europea está llamada a un replanteamiento, a curar los inevitables achaques que vienen con los años y a encontrar nuevas vías para continuar su propio camino. Sin embargo, a diferencia de un ser humano de sesenta años, la Unión Europea no tiene ante ella una inevitable vejez, sino la posibilidad de una nueva juventud. Su éxito dependerá de la voluntad de trabajar una vez más juntos y del deseo de apostar por el futuro. A vosotros, como líderes, os corresponde discernir el camino para un «nuevo humanismo europeo», [20] hecho de ideales y de concreción. Esto significa no tener miedo a tomar decisiones eficaces, para responder a los problemas reales de las personas y para resistir al paso del tiempo.

Por mi parte, renuevo la cercanía de la Santa Sede y de la Iglesia a Europa entera, a cuya edificación ha contribuido desde siempre y contribuirá siempre, invocando sobre ella la bendición del Señor, para que la proteja y le dé paz y progreso. Hago más las palabras que Joseph Bech pronunció en el Campidoglio: *Ceterum censeo Europam esse ædificandam*, por lo demás, pienso que Europa merezca ser construida. Gracias.

[1] Discurso pronunciado con ocasión de la firma de los Tratados de Roma (25 marzo 1957).

[2] *Ibíd.*

[3] A. De Gasperi, *Nuestra patria Europa*. Discurso a la Conferencia Parlamentaria Europea (21 abril 1954), en: Alcide De Gasperi e la politica internazionale, Cinque Lune, Roma 1990, vol. III, 437-440.

[4] Cf. P.H. Spaak, *Discurso*, cit.

[5] Discurso pronunciado con ocasión de la firma de los Tratados de

Roma (25 marzo 1957).

[6] *Ibíd.*

[7] Discurso pronunciado con ocasión de la firma de los Tratados de Roma (25 marzo 1957).

[8] Discurso pronunciado con ocasión de la firma de los Tratados de Roma (25 marzo 1957).

[9] P.H. Spaak, Discurso, cit.

[10] Discurso a los Miembros del Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede (9 enero 2017).

[11] Cf. P.H. Spaak, Discurso, cit.

[12] A. de Gasperi, *La nostra patria Europa*, cit.

[13] Acto Europeo en Santiago de Compostela (9 noviembre 1982): AAS 75/I (1983), 329.

[14] Cf. Discurso en el Parlamento Europeo, Estrasburgo (25 noviembre 2014): AAS 106 (2014), 1000.

[15] Exhort. Apost. *Evangelii Gaudium*, 235.

[16] *Ibíd.*

[17] Discurso en la entrega del Premio Carlo Magno (6 mayo 2016): *L'Osservatore Romano*, 6-7 de mayo de 2016, p. 4.

[18] Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 239.

[19] Carta enc. *Populorum progressio* (26 marzo 1967), 87: AAS 59 (1967), 299.

[20] Discurso en la entrega del Premio Carlo Magno (6 mayo 2016): *L'Osservatore Romano*, 6-7 de mayo de 2016, p. 5.

V.- Nota de los Obispos en la Jornada por la Vida (25 de marzo de 2017)

La luz de la fe ilumina el atardecer de la vida

Por un mayor cuidado y amor a nuestros enfermos y ancianos

Para abordar la cuestión de los últimos compases de la vida es necesario situarnos en una perspectiva adecuada que parte, naturalmente, de conocer la verdad profunda del ser humano y del sentido de su existencia. No es posible captar la riqueza insondable y la dignidad de cada persona si no es a la luz del amor que, como lámpara preciosa, nos hace captar la verdad y el sentido último de la realidad. Es en la experiencia amorosa donde se revela la irreducible originalidad de cada persona concreta. Y ser persona entraña estar constitutivamente abierto a la trascendencia e inclinado a la comunión con Dios y con los demás. Cada uno de nosotros es un don en sí mismo y para los demás y solo podrá realizar la plenitud de su existencia cuando sale de sí para entregarse o, en palabras evangélicas, perder la propia vida, eso sí, para encontrarla de modo pleno y definitivo (cf. Mt 10, 39). Por cada uno de nosotros Cristo ha muerto en la cruz, y con su Resurrección ha roto las cadenas de la muerte.

1. Visión cristiana de la debilidad

En este contexto interpersonal, el sufrimiento, la enfermedad y la muerte constituyen un misterio que apenas alcanzamos a comprender, y, sin embargo, de un modo u otro, a todos nos afecta. Pero también tenemos experiencia de que son realidades que, vividas bajo la mirada de Dios que es amor, lejos de dañar la dignidad del hombre y su libertad, constituyen una ocasión excepcional en la que se revela la grandeza de nuestra existencia. En este sentido, el papa Francisco ha realizado la siguiente afirmación: «Conocemos la objeción que, sobre todo en estos tiempos, se plantea ante una existencia marcada por grandes limitaciones físicas. Se considera que una persona enferma o discapacitada no puede ser feliz, porque es incapaz de realizar el estilo de vida impuesto por la cultura del placer y de la diversión. En esta época en la que el cuidado del cuerpo se ha convertido en un mito de masas y, por tanto, en un negocio, lo que es imperfecto debe ser ocultado, porque va en contra de la felicidad y de la

tranquilidad de los privilegiados y pone en crisis el modelo imperante (...). En algunos casos, incluso, se considera que es mejor deshacerse cuanto antes, porque son una carga económica insostenible en tiempos de crisis. Pero, en realidad, con qué falsedad vive el hombre de hoy al cerrar los ojos ante la enfermedad y la discapacidad. No comprende el verdadero sentido de la vida, que incluye también la aceptación del sufrimiento y de la limitación. El mundo no será mejor cuando esté compuesto solamente por personas aparentemente “perfectas”, por no decir “maquilladas”, sino cuando crezca la solidaridad entre los seres humanos, la aceptación y el respeto mutuo (...). No existe solo el sufrimiento físico; hoy, una de las patologías más frecuentes son las que afectan al espíritu. Es un sufrimiento que afecta al ánimo y hace que esté triste porque está privado de amor. La patología de la tristeza (...). La felicidad que cada uno desea, por otra parte, puede tener muchos rostros, pero solo puede alcanzarse si somos capaces de amar. Es siempre una cuestión de amor, no hay otro camino... El modo en que afrontamos el sufrimiento y la limitación es el criterio de nuestra libertad de dar sentido a las experiencias de la vida, aun cuando nos parezcan absurdas e inmerecidas. No nos dejemos turbar, por tanto, de estas tribulaciones (cf. 1 Tim 3, 3). Sepamos que en la debilidad podemos ser fuertes (cf. 2 Cor 12, 10)». La concepción de las profesiones de la salud y de la tarea de quienes se dedican al cuidado de los enfermos y ancianos como ayuda, tutela y promoción de la vida es la base de un auténtico servicio que busca promocionar y tutelar la vida humana, de modo particular aquella más débil y necesitada. La sociedad actual solo considera valiosa la vida de los jóvenes, y se minusvalora la vida de los ancianos y de los enfermos porque se considera que ya no son útiles, al ser dependientes y, por tanto, que no tienen futuro. ¿No será esto una muestra de la falta de humanidad de la sociedad actual? Afirmaba el papa Benedicto XVI que «una sociedad que no logra aceptar a los que sufren y no es capaz de contribuir mediante la compasión a que el sufrimiento sea compartido y sobrellevado también interiormente es una sociedad cruel e inhumana».

2. Un deber de justicia y caridad

Los ancianos de hoy son los que nos dieron la vida y nos cuidaron a los que ahora somos jóvenes, de la misma manera que nosotros cuidamos hoy a nuestros hijos. Una exigencia básica y elemental de justicia reclama que ahora nosotros cuidemos a nuestros ancianos, y que en el futuro

nuestros hijos cuiden de nosotros. Así lo pide la solidaridad intergeneracional que ha estado siempre en la base de toda comunidad. Con mucha frecuencia los ancianos son auténticos depósitos de sabiduría y tienen mucho que aportar a la familia. ¡Cuántos abuelos son el auténtico sostén de la misma, asumiendo multitud de tareas sin las cuales los padres no podrían vivir tranquilos! Cuando el anciano pierde la salud física, aparece la demencia o se desvanece la ilusión y queda a merced de los cuidados de los demás surge una situación difícil para el propio anciano y para su familia, que requiere de la ayuda solícita de la sociedad, de las instituciones y de la Iglesia.

3. Desde la mirada de la fe

La fe en Cristo resucitado nos ayuda a descubrir en plenitud el sentido de esta etapa de la vida, que a veces puede resultar larga y dolorosa. En primer lugar, debemos tener en cuenta que la vida en este mundo es el camino a la eternidad, y que el anciano ya ha recorrido un largo trecho. Pudiera parecer que el anciano, al menos en apariencia, no tiene futuro, pero la luz de la fe nos muestra que la vejez es una nueva etapa del recorrido vital, con sus luces y sus sombras, y que la muerte es el paso al encuentro con Cristo y, con su gracia, a la vida definitiva y en plenitud. La vejez se puede considerar una etapa más del camino por el cual Cristo nos quiere llevar a la casa del Padre. Y cuando la persona anciana se siente cansada, y piensa que ya no sirve para nada, y siente la tentación del abandono o de la desesperanza, debemos ayudarle a reencontrar el sentido de su vida. Esta vida es siempre valiosa y hermosa a los ojos de Dios. Y así lo es también a nuestros ojos, si realmente hemos conocido el amor. Hemos de ser muy conscientes de que el peor problema de los ancianos es la soledad. Por eso decía Cicerón que el peso de la edad es más leve para el que se siente respetado y amado por los jóvenes. El momento de la muerte no es un paso hacia el vacío, hacia la oscuridad, sino que consiste en cruzar el umbral de la puerta que da entrada, con la gracia de Dios, a la vida definitiva, al encuentro con el Padre que nos ama, que nos creó, que nos ha acompañado en nuestro caminar y que ahora nos acoge en su morada eterna. Constituye, entonces, un nuevo nacimiento a la vida plena y definitiva. Dios es ante todo Dios de vivos, Señor de la Vida. Jesús nos aseguró que había venido para que con Él y en Él tuviéramos vida, vida verdadera, vida plena y eterna (cf. Jn 10, 10). En ese momento supremo de

nuestra existencia, se hace especialmente relevante el morir acompañados, el no afrontar la muerte en soledad, sino en compañía de los seres queridos y de la comunidad donde se ha desarrollado nuestra vida: «Este encuentro del moribundo con la Fuente de la vida y del amor constituye un don que tiene valor para todos, que enriquece la comunión de todos los fieles. Como tal, debe suscitar el interés y la participación de la comunidad, no solo de la familia de los parientes próximos, sino, en la medida y en las formas posibles, de toda la comunidad que ha estado unida a la persona que muere. Ningún creyente debería morir en la soledad y en el abandono»³ . La Iglesia siempre ha estado junto a los ancianos y enfermos ayudándoles a recorrer esa última etapa de nuestro peregrinar por este mundo. Ofreciéndoles ayuda material y espiritual, compañía y consuelo. Además, la Iglesia es consciente de que los ancianos, cada uno en la medida de sus posibilidades, tienen una misión que cumplir. Por eso les exhorta a no abandonarse al desaliento; a no desatender su responsabilidad en la transmisión del Evangelio, especialmente a sus nietos; a no dejar de ser testigos de la Esperanza que nunca defrauda; a ser testigos de una vida que siempre es don irrepetible para cuantos les rodean, signo de un amor que, lejos de disminuir, quedará sellado para siempre en la eternidad de Dios.

En esta Jornada por la Vida encomendamos a las personas ancianas y enfermas a la protección maternal de María. Ella es Salud de los Enfermos, Estrella de la Mañana, Causa de nuestra alegría y Puerta del Cielo. Que sepamos aprender de Ella el amor a toda vida humana, especialmente a la más débil y necesitada.

Mario Iceta Gavica Gogeoasoa Obispo de Bilbao. Presidente de la Subcomisión Episcopal para la Familia y la Defensa de la Vida; Francisco Gil Hellín Arzobispo emérito de Burgos; Juan Antonio Reig Plà Obispo de Alcalá de Henares; Gerardo Melgar Viciosa Obispo de Ciudad Real; José Mazuelos Pérez Obispo de Jerez de la Frontera; Carlos Manuel Escribano Subías Obispo de Calahorra y La Calzada-Logroño; Juan Antonio Aznárez Cobo Obispo auxiliar de Pamplona y Tudela.

Saludos a todos.

Florentino Muñoz Muñoz